

—¿De qué Bertran?—repuso Roberto haciéndose el desentendido,—¿del trabucaire, de ese facineroso?

—Del mismo.

—No lo creo.

—No, señor,—dijo Rafaela,—¿pues no le he dicho á usted que está en poder del Idiota? ¿No lo ha oido usted?

—En este caso ese infame pastor me ha engañado,—esclamó don Gregorio, ensanchándosele el corazon por un lado, si bien por otro no dejaba de sentir mortal angustia.

—¿Qué pastor?—preguntó Roberto, ansioso de ir descubriendo terreno.

—Un anciano,—respondió el padre de Elisa, faltando á todo lo que le habia recomendado Esteban, sin sospechar siquiera que fuese una pura mentira todo cuanto acababa Roberto de referir;—un anciano pastor que se dice padre del Idiota, y que ha venido á traerme una esquela de Bertran, pidiéndome nada menos, mira si es barbaridad, ¡dos millones! por el rescate de mi hija.

—¡Es posible!—esclamó la bendita Rafaela.

—Será Esteban,—se dijo interiormente Roberto,—ha cumplido fielmente como siempre.—Luego añadió en voz alta:—Eso no puede ser, tío; ¡dos millones! ¿dónde vamos á parar?

—Eso es lo que yo digo,—repuso el avaro.—Pues por poco no me asesina; porque no queriéndole creer, sospechando que era un malvado, le amenacé con detenerle y entregarle á la justicia.

—¡Bravo viejo!—se dijo para sí Roberto, satisfecho del estado del negocio y del emisario.

—¡Malvado!—prorumpió Rafaela con santa indignacion.

—¡Infame!—dijeron todos participando de igual sentimiento.